

Jean STAROBINSKI, *L'encre de la mélancolie*. París, La Librairie du XXI<sup>e</sup> siècle, Seuil, 2012.

Con este título, Jean Starobinski, a sus noventa y dos años, ofrece desde una perspectiva interdisciplinaria (Historia, Literatura y Medicina) un compendio de ensayos sobre la melancolía. A lo largo de más de seiscientas páginas este crítico presenta la historia de esta palabra o concepto que en la actualidad ha desaparecido de los cuadros nosográficos de los manuales de desórdenes mentales para ser reemplazado por el término “depresión” o como una de sus variantes. Influenciado por la metodología de Leo Spitzer, Owsei Temkin y Georges Poulet, Starobinski propone, a través de una veintena de estudios publicados desde 1958 hasta el año 2008, una revisión exhaustiva de la imagen de este concepto desde Homero, pasando por los escritos hipocráticos, Virgilio, Charles d'Orléans, Marsilio Ficino, Robert Burton, Montaigne, La Rochefoucauld, Kierkegaard, Baudelaire, Carlo Gozzi, Hoffmann, Van Gogh, Giorgio de Chirico y Pierre Jouve, entre muchos otros. Estos ensayos complementan de cierta forma el emblemático estudio de Klíbanky, Panofsky y Saxl: *Saturno y la melancolía. Estudios de historia de la filosofía de la naturaleza, de la religión y del arte*, obra en la que estos autores despliegan toda su erudición sobre esta noción, centrándose en la Antigüedad y la Edad Media vista, como lo hará más tarde el crítico ginebrino, desde ángulos diversos tales como el de la medicina, la astrología, la poesía, la metafísica y sus diferentes representaciones en las artes visuales.

*L'encre de la mélancolie* inicia con “La Historia del tratamiento de la melancolía”, que es la tesis de medicina que este crítico defendió en la universidad de Lausana en 1959. Se trata de un repaso analítico de la manera de entender un sentimiento, como tantos estados dolorosos de la condición humana, confundido con la depresión y la angustia y su forma de curarlo. Starobinski indica que desde Homero ya hay referencias a un tratamiento médico para este estado patológico, pues en *La odisea* se hace referencia a una mezcla de hierbas egipcias (elnepente) que sirve para calmar el sufrimiento y frenar las mordeduras de la bilis. Resulta interesante ver cómo la Antigüedad asoció este estado emocional con una sustancia espesa o humor natural del cuerpo —la bilis negra—, responsable, al desplazarse de su sitio, de la epilepsia, la locura, la tristeza o de lesiones cutáneas. Según Hipócrates si este líquido se acumula en el cuerpo provoca la epilepsia y, si lo hace en la inteligencia, produce la melancolía. Se recomienda entonces para curarla ingerir eléboro, la leche de mula o alimentos fríos. Se cree que la enfermedad puede curarse con el tiempo, pero si no se atiende puede terminar con la vida. Para evitar que el enfermo quiera suicidarse es recomendable la raíz de mandrágora. Dentro de la tradición médica romana, Celso por ejemplo, sugiere la música como distractor pero al mismo tiempo es partidario de medios más drásticos como el empleo de cadenas, castigos, choques provocados por un susto súbito, etcétera. Otros aconsejan las aguas termales pues la piel reseca se asocia a la descripción física del melancólico. La Edad Media concibe este estado como una enfermedad del alma y lo asocia al pecado de la acedia. Hildegarda de Bingen, por

ejemplo, piensa que en el momento en que Adán desobedeció el mandato divino, la melancolía se coaguló en su sangre. Fue entonces el diablo quien insufló en el hombre esta patología y lo volvió tibio e incrédulo.

Sin embargo, a partir del Renacimiento los estudios sobre este concepto se multiplican. Incluso Marsilio Ficino lo considera como un atributo exclusivo del artista, del poeta, del príncipe y del verdadero filósofo, idea que ya había sido concebida anteriormente en esta misma dirección por Aristóteles. En este periodo sobresalen Paracelso, quien aconseja la risa como remedio, y André Du Laurens, primer médico de Enrique IV, publica un texto sobre la melancolía que será editado más de seis veces entre 1597 y 1626, sin contar las traducciones latina, inglesa e italiana. No es gratuito que una buena parte del segundo capítulo de *L'Encre de la Mélancolie* esté dedicado a Robert Burton, autor del *L'Anatomy of Melancholy*, donde se recoge toda la tradición médica sobre el tema, además de integrar las reflexiones de los contemporáneos de Burton, como Johannes Weyer, Juan Huarte de San Juan, Timothy Bright, André Du Laurens, Tomaso Garzoni y Jacques Ferrand. Si antiguamente se consideró la pertinencia de ciertos remedios, sustentada en la creencia de la existencia de una bilis negra y por ende causa de este estado emocional, a partir del siglo XVIII cambia la percepción de la enfermedad y se prefiere entenderla a través de sus causas nerviosas, intelectuales o afectivas. Aquí cabrían los trabajos de doctores de la talla de Pinel, Esquirol, Heinroth, Boerhaave, etcétera. Para mitigar los estragos de este padecimiento, algunos exaltan las virtudes del alcanfor, del almizcle, del éter y del cloroformo, así como sesiones de hipnosis y el uso de descargas eléctricas, y el empleo del hachís, del opio o la amapola.

Un aspecto relevante del texto de Starobinski es el estudio que este crítico hace de los síntomas de la melancolía. Hipócrates reconoce que la preferencia por la soledad puede ser una manifestación sintomática ambigua, pues es necesario saber distinguir la soledad del temperamento contemplativo y la del hombre atormentado por la bilis negra. El mismo Hipócrates refiere la anécdota de su encuentro con Demócrito, quien decide aislarse para disecar animales y poder descubrir así la sede de la bilis, pues quiere entender las causas de la sinrazón. Para este filósofo, los hombres son incapaces de reconocer su propia locura y reírse de ello. Esta postura convence a Hipócrates, ya que decide escucharlo como maestro y terapeuta, asumiendo el papel de discípulo y paciente y reconociendo que, si los Abderitanos piensan que Demócrito es un loco porque se ríe y aísla, este médico después de conversar y observar al filósofo, concluye que es él el cuerdo. Esta misma postura Starobinski la encuentra en Robert Burton, pues señala que: “Pour publier sa vaste *Anatomy of Melancholy* (1621), le *scholar* oxfordien [...] prend le masque de *Democritus junior*, sans prétendre cacher sa véritable identité. Il se donne la figure du malade qui connaît sa maladie et qui s'active à écrire, car il sait que travailler est une voie de guérison” (164). La actitud de Demócrito se conecta entonces con visiones muy parecidas en muchos textos del Renacimiento, tales como *El elogio de la locura* de Erasmo de Róterdam, *El Quijote* de Cervantes, algunos títulos de Shakespeare y más tarde de La Fontaine, entre otros. El loco es aquel que dice la verdad. Es interesante el punto de vista de Starobinski al respecto, quien reconoce que:

Le mélancolique hérite de la grande permission que la société médiévale avait donnée au fou. L'ordre établi tolère la satire, à la condition qu'elle vienne d'un homme marqué, exclu, et portant visiblement le signe de son exclusion. Sous le couvert de la mélancolie-maladie, ou de la mélancolie-tempérament (la frontière entre les deux est souvent indistincte), le satiriste peut cingler impunément les princes et les grands de ce monde. Sa situation marginale, sa bizarrerie convenue lui donnent tous les droits: il est trop excentrique par rapport à l'univers "normal", trop absorbé au centre de son chagrin, pour qu'on ne lui accorde pas la plus complète immunité. D'où la tentation, pour les mécontents, pour les aigris, de prendre la pose du mélancolique et de mériter, à force d'application, les vrais sacrements de la bile noire. (227-228).

Enseguida, Starobinki, basándose en la *Dissertatio medica de nostalgia* de 1688 de Johannes Hofer, integra a sus reflexiones el estudio del ingreso en la nomenclatura médica del concepto *desiderium patriae*, mejor conocido como "nostalgia". Esta "enfermedad" se le considera mortal en el siglo XVIII y el crítico señala que dicha convicción persiste todavía en el siglo XIX, pues al revisar la correspondencia de Balzac o de Baudelaire se descubren fragmentos, detallando sus efectos nefastos. Sin embargo, gracias a los progresos de la anatomía patológica y a los avances de la bacteriología, la nostalgia deja de ser un tema que preocupe a la ciencia médica, pero no por ello cesará de interesar a otros campos del saber humano, como sería la literatura del exilio, donde los ejemplos abundan. A esta revisión se suma también el tema del duelo y del vacío como variedades de este padecimiento.

En suma, hay que decir que este texto permite asir un término que la psiquiatría no ha querido emplear más, por considerarlo vago o impreciso, pero que ayuda a penetrar en los misterios del sufrimiento humano y la manera de remediar dicho mal. El título del texto hace un guiño a su lector pues el tema de la tinta (negra) debe descifrarse como una imagen literaria de la bilis (negra) que carcome el alma del temperamento melancólico, pero que a su vez puede ser el mecanismo de su curación. Esta relación entre escritura y melancolía, tinta y bilis negra, Starobinski la despliega en las dos últimas partes de su libro —"Rêve et immortalité mélancolique" y "L'encre de la mélancolie"— y la toma prestada de un poema de Charles d'Orléans que dice: "D'elle trempe mon ancre d'estudie / Quand j'en escrips, mais pour mon cueur irer, / Fortune vient mon pappier dessirer, / Et tout gecte par sa grantfelonie / Ou puis parfont de ma merencolie". Entonces poco importa el mal o la enfermedad, pues lo que vale es saber qué se hace con ellos. La respuesta es clara y elocuente, pues a lo largo de todos los ensayos, Starobinski nos revela el papel que la literatura ocupa en esta transformación. Si Robert Burton en el prefacio de su *Anatomy of Melancholy* afirma que escribe sobre este padecimiento para curarse de él, si Baudelaire encuentra en la melancolía "una amiga íntima", lo mismo sucede con tantos otros, incluyendo a Jean Starobinski.